

no teme á los hombres, ni ansía, en su juventud, el matrimonio, como único destino honroso! Sólo después de estudiar y conocer á los hombres, ella se casará ó no, según su criterio. Pero si se casa, basará su hogar sobre esta piedra divina: el amor, previo y consciente. No será sorprendida, ni engañada, ni forzada. Aceptará al esposo, si lo encuentra, con toda la conciencia y libertad que requiere el resolver problema tan fundamental de la vida cual lo es encontrar la persona á quien deberá ligar todas sus fuerzas, todos sus afectos, todos sus ideales... Si el hombre vive para la especie, aprenda al menos á vivir para la especie, sin coartar las leyes de la naturaleza con pequeños prejuicios é indignas preocupaciones!

Compárese este y aquel cuadro. El contraste de luz y de sombra es demasiado violento para que sea necesario hacer resaltar el absurdo de uno y la excelencia de otro sistema de educación privada y pública. Pues aunque para evidenciarlo haya yo recargado exageradamente los tintes, al estilo de Taine y de ciertos pintores impresionistas, el dibujo de los contornos es exacto. Todos sabemos, por confesión de la propia parte, por la estadística y la literatura, cuánto disminuye la población de Francia; cuánto ha decaído la moralidad, el poder y la riqueza de una nación que, siendo inteligente entre todas, disculpa el concubinato, sonríe el adulterio y facilita el divorcio (el divorcio llega en este caso á ser un bien, pues es un mal que disminuye mayores males). En cambio, el hogar inglés es modelo de hogares. Y en esa fundamental institución, el *home* halla en Inglaterra, en general, punto de apoyo á todas sus victorias; y especialmente es la clave de su espíritu colonizador que tiende á conquistar el mundo. La palabra *home* significa, al propio tiempo que «hogar»,

«patria». Ningún pueblo más apto para colonizar, porque ningún pueblo sabe implantar mejor su casa en extranjera tierra, como una semilla estable de moral, de expansión, de nacionalidad; como un baluarte invulnerable de virtud y de fuerzas; como refugio templado y confortable contra los rigores de las cosas y las venganzas de los hombres; como un pedazo de la patria misma, á la cual se llega así á tener presente en la India, en Canadá, en Australia, en el Cabo, en los antípodas, que por doquiera hay un hogar inglés es un pedazo sagrado de Inglaterra. El secreto está en la manera íntima de concentración del inglés en su casa, que es como un oasis en el desierto de las muchedumbres. Esa concentración explica cómo acumula en él novelas, libros, revistas, objetos, comodidades, todo lo que pueda hacerle un retiro deleitoso para pasar la mayor parte del tiempo, y esa concentración se explica por el amor á su esposa y á su prole. Ese amor, por la manera espontánea en que se efectuó su matrimonio; ese matrimonio, por la independencia del espíritu de su educación. No pretendo que ese empalme de efectos lo sea de causas únicas, es decir, que las citadas sean exclusivas de otras congruentes, lo cual sería desconocer no sólo la naturaleza de ese bello fenómeno, sino la de todos los fenómenos sociales; lo he descrito así, como describiría un viajero el sesgado curso de un gran río, desde su nacimiento hasta su desembocadura, sin detenerse en los pequeños é innumerables afluentes que coaumentan la majestad del caudal de sus aguas...

Estas diversas circunstancias es lo que da á las casas anglo-sajonas su *cachet* singular é inconfundible, desde la bodega, mejor provista de lo que se creería según los medios de vida de la familia, hasta el *draw-*

*ning room*, la sala, que nunca es salón (sólo poseen salones los magnates) y que siempre presenta, sin someterse á estilo alguno, el cariñoso aspecto de un *bric-à-brac* de muebles cómodos y objetos interesantes. El ama de un *home* anglo-sajón, cuando visita por primera vez en confianza la casa-habitación de una familia burguesa y latina, después de ojear los muebles lujosos y de estilo, impropios para el uso diario, que dan á la sala y la antesala pretensiones de salón de recepción, pregunta siempre cuál es el *sitting room* de ese hogar, dado que su *drawing room* no se presta á tal uso... Y la verdad es que el hogar carece de *sitting room* adecuado, es decir, de una pieza para pasar confortablemente las noches y las tardes de días festivos, en la sociedad de la familia, pieza alhajada expofeso, y diversa de los *sitting rooms* ocasionales que se pueda constituir en el comedor, en la biblioteca, en el tocador... Es porque «la función hace el órgano», y en ese hogar latino la gente está más de paso; sólo va á su casa á comer, dormir y trabajar, y á veces á recibir los amigos, pero no á hacer la deliciosa é insustituible sociedad de la familia. Aparte de la sangre, el clima es el primer culpable, porque el calor y el sol invitan á tomar aire, á pasear tranquilamente por las calles le *bonheur de vivre*; y el frío y la niebla y la lluvia, á buscar, después del ejercicio reconfortante, un agradable rincón junto á la chimenea, que los antiguos godos hispánicos, que venían del Norte, llamaron «hogar». Por falta del sol, no se concibe la Puerta del Sol en las irradiaciones de Leischester Square.

En todos los detalles de una casa anglo-sajona, aun en las gentes de baja categoría social, se revela el cariño con que sus dueños la alhajan, dándole un aspecto de bienestar que sorprende y hace presuponer

al extranjero una posición económica é intelectual superior á la realidad. Y nunca es más típico ese hogar que en las casas de campo (*country houses*). Es que la *home education* británica prepara mejor que ninguna otra al individuo la vida de campo en el seno de la familia. El *country gentleman* se esfuerza más que nadie en reunir en su nido, ávido como una urraca, cuanto puede ser agradable para sí, los suyos y sus huéspedes, ya en tiempo de las nieves, que es cuando resulta más abrigado y simpático, ya en la estación balsámica de las flores. Preguntadle por qué atesora allí con un afán que parece pueril una serie de *chucherías* casi siempre desprovistas de valor intrínseco, y os responderá que son pequeñas cosas *homely*, que hacen su retiro *homely*... Tratad de traducir ese adjetivo, que representa la cualidad esencial del *home*, ó mejor dicho, el cúmulo de cualidades que constituyen la grande atracción del *home*, y no hallaréis término exacto en otros idiomas... Porque en su forma típica, sólo en pueblos de habla inglesa existe la cosa, y, como todos sabemos, nadie inventa palabras para lo que no conoce.

Y antes de concluir tan interesante tópico, creo deber complementar mi contestación á aquellos que arguyen, como un defecto del sistema de la educación doméstica anglo-individualista, que éste quita á la mujer el encanto de su feminidad; que la despoja de sus cualidades de tal, para transformarla en un ente *sui generis*, sin los femeninos encantos y sin las fuerzas masculinas. Contra ello debe objetarse que, si por feminidad se entiende frivolidad é ignorancia, valiera más que no existiese; que la maternidad exige conocimientos y energía; que la «mujer fuerte», ya que esa designación en tal sentido se emplea, es un factor de

tranquilidad para el hogar y de progreso para la patria, pues como compañera del esposo, colabora en su obra, y como educadora de su prole, contribuye á lo futuro; y en fin, que una sana y sólida educación á la inglesa, como lo demuestran los hechos, lejos de convertir á la delicada mujer en arpía, como se pretende, encauza, para común utilidad, las facultades de la hembra fuerte, cuyos bríos ingénitos no excluyen los aterciopelados matices de la psicología de su sexo.

§ 64. *Ventajas político-económicas del sistema.*—Las ventajas públicas del sistema esbozado de educación doméstica, pueden resumirse en dos grupos: formar al ciudadano apto para ser gobernado y gobernar, y al ciudadano útil para la producción de la riqueza.

Jamás espíritu social alguno fué más activo fecundante de las iniciativas cívicas que el individualista. Lo universal de los intereses de cada ciudadano; la solidaridad de la acción conjunta de todos los ciudadanos; la independencia de criterio; el conocimiento que debe poseer cada cual, desde niño, de sus fuerzas de hombre y de político, de sus derechos y deberes, son dogmas que impone á la mente una sana educación doméstica individualista. Y son los dogmas que constituyen las verdaderas repúblicas.

La aplicación constante de la iniciativa personal; el desenvolvimiento libérrimo de las facultades productoras; la costumbre del ejercicio del propio cerebro y de las propias fuerzas exento del tutelaje paterno desde temprana edad; el conocimiento *experimental*, no por premios y castigos, de las sanciones de la vida, forman las mejores aptitudes para el trabajo. Y en el

trabajo cimentan la preocupación del bien público, porque la plena conciencia de las responsabilidades individuales acrisola el criterio de las responsabilidades sociales.

Las ventajas económicas del sistema anglo-individualista son demasiado evidentes para que necesiten una amplia demostración. La independencia del hijo de familia le hace, en cualquier clase social, una fecunda fuerza de trabajo que, en un régimen diverso, se anula ó debilita por la paterna protección. En el presente, suele ser *dos brazos más*; en el futuro, será siempre *dos brazos mejores* para la lucha por la riqueza. Y siendo, como he deducido ya, el factor económico la panacea que promueve la actual revolución educadora en todos los países civilizados, y que amenaza ser el problema social más inmediato de toda la primera mitad del siglo XX, ello puede ser consideración angular que encarece el sistema.

En suma, las capitales ventajas que presenta el espíritu de la educación anglo-individualista *para el Estado*, son: facilitar el buen gobierno por la promoción de ciudadanos idóneos, y mejorar las condiciones económicas por aumento de trabajo nacional. O sea: encauzar la acción política de todos, y aumentar la riqueza de todos.

§ 65. *Diferencias entre el método de la educación doméstica y el de la instrucción pública en Inglaterra.*—Grave error es suponer, con la casi totalidad de los autores contemporáneos que han tratado el asunto, que la instrucción pública en Inglaterra procede con el mismo sistema de *pasividad* que la *home education*. Verdad es que esa instrucción pública tiende, en relación á la continental, más á *educar* el carácter y

menos á instruir; pero aun en ese papel, procede por un método de tutelaje, de reglamentación, de disciplina; por un método perfectamente *activo* cuanto que obliga al educando, se le impone, lo aconseja, lo dirige, lo castiga, tanto ó más que en Francia misma, donde mucho se habla de su pretendida liberalidad. Aunque tiende al mismo fin de la *home education*, procede por vías diversas: como he dicho, la una deja que las circunstancias se produzcan y que el educando sufra por sí sólo las consecuencias de sus actos, evitando la excesiva influencia, el tiránico consejo, ó sea la sustitución de la voluntad de éste por la de su maestro: la otra provoca las circunstancias, las produce, encauza y enseña sobre ellas con la palabra y el ejemplo, y á veces por medio de una disciplina casi militar, imperativa, categórica.

¿Por qué el genio práctico de Inglaterra, ocurre preguntar ahora, que conceptúa como fin exclusivo de la *home education* y como fin casi exclusivo de la instrucción pública la formación del carácter, procede en la primera por ese decantado sistema que llamo de *pasividad*, y en la segunda por el que he denominado de *actividad*, en oposición á aquél?—Hay para ello, á mi juicio, una sencilla observación psicológica, que jamás he visto especificada por autor alguno, acaso porque su misma sencillez la hace demasiado clara para merecer ser expuesta. El peligro que presenta la continua intromisión positiva de la acción paternal en el desenvolvimiento educatorio del hijo, es que con esto se tiende á disminuir la iniciativa y personalidad del niño, sustituyendo un criterio fuerte á otro criterio débil, una voluntad adulta á una voluntad infantil. Pero la inexperiencia necesita un guía seguro. Si ese guía es el maestro, ¿existe el mismo peligro de

sustituir una personalidad en la otra, con detrimento de la más débil? Cuando son los padres los maestros, ello es indudable, pues el prestigio extraordinario que tienen para el hijo es causa de que éste aminore ante tal fuerza su iniciativa y personalidad al punto de reducir las á cero; puede confiar en ellos su responsabilidad y su porvenir. Cuando el maestro es un extraño, carece de ese superior prestigio, y *no* destruye la responsabilidad del pupilo ni asegura su porvenir. Luego no existe por todo ello el mismo peligro en el absolutismo de la educación del profesor y el de la de los padres. El joven necesita un piloto para no naufragar su barca en los escollos y los embates de las olas del mar de las primeras pasiones y luchas de la vida; cuanto más determinado sea el rumbo que ese piloto le marque, tanto más segura será su marcha á través y en contra de los obstáculos. Si hay peligro en que esa línea sea trazada con un brazo de hierro por la educación doméstica, no lo hay para que lo sea en la instrucción pública por profesores y maestros idóneos, penetrados y amantes de sus funciones.

§ 63. *Papel social de los «tutors» escolares y universitarios.*—He ahí, pues, el alto papel social de los *tutors* de las escuelas y universidades inglesas: marcar á los pupilos con sus consejos la ruta que deben seguir en sus primeros pasos en el mundo. Cuando ingresa un niño en uno de esos establecimientos educatorios ingleses, su *tutor*, previo conocimiento de su idiosincrasia, le confecciona el programa, le indica si debe seguir una escuela fácil ó una escuela de honores; lo aconseja, prepara, ilustra, y hasta le señala cuál ha de ser su orientación cuando abandone las aulas. En las universidades, el *tutor* es un segundo padre, que tiene so-

bre el primero, además de la ventaja señalada de no imponer demasiado profundamente su individualidad á la del pupilo, la de ser un hombre técnico que conoce mejor que un particular cualquiera la ciencia y arte de la educación. Su bien inspirada influencia de extraño no puede llegar á cegar y aplacar el criterio del pupilo, como tan frecuentemente sucede con la de aquéllos á quienes la naturaleza encarga de la *home education*. Alguna vez se han resumido los principios de esa *home education*, diciendo que los padres en Inglaterra, considerando la evolución psíquica del niño como un fenómeno lógico en el cual no necesitan forzar la marcha natural de ese desenvolvimiento; tratan á los hijos como individualidades separadas, y no como cosas que le pertenezcan ó entes incapaces de criterio é iniciativa; usan lo menos posible de una autoridad imperativa que debilitaría el espíritu y la personalidad, y desde muy tierna edad los enseñan, y esto es fundamental, que ellos no se encargarán de hacerles su posición... Resumamos ahora la obra de los maestros: orientar el criterio; infundir sanos principios de moral cristiana y política; desarraigar malas inclinaciones y sentimientos; proponer altos ideales; desarrollar nobles pasiones; marcar los mejores rumbos para que lleguen luego á cumplir del mejor modo su destino de hombres y ciudadanos; usar del imperio y del castigo contra la indisciplina y la rebeldía; provocar circunstancias difíciles para enseñar á dominarlas; en fin, coadyuvar con consejos y órdenes y castigos á que se haga el individuo útil á su patria y á la humanidad, no sólo formándole el carácter, sino imponiéndole aquellas lecciones que fueren indispensables para el educando y que la manera de la educación del hogar tiende más bien á evitar... Compárese

uno y otro cuadro de atribuciones, y se verá que el papel del profesor es más concreto, más imperativo, más absoluto. Creo, por ello, que es un error el considerar que *toda* la educación inglesa se caracteriza por una *pasividad* uniforme: hay que diferenciar, lo que no han querido distinguir los autores franceses contemporáneos: el espíritu de la *home education*, y el de la instrucción pública. Ambos se complementan hasta formar el espléndido fenómeno del educativo individualismo inglés.

§ 67. *El espíritu individualista de la educación inglesa cristalizado en algunas expresiones del idioma.*—En la lengua, que es siempre la cristalización del pensamiento nacional, hallo una demostración la más gráfica de esta interesante manera inglesa de considerar al padre como un profesor y al profesor como un padre; de este grande fenómeno que llamo *pasividad* de la educación doméstica y *actividad* de la instrucción pública, cuyo fenómeno tanto han disfrazado y tergiversado ciertos autores en estos tiempos de violenta revolución educadora: la mejor demostración de su popularidad está en el hecho de que los jóvenes llaman á menudo *my governor* al padre y *my tutor* al maestro.

*Governor* significa la persona que gobierna; y gobernar es un verbo que encierra en sí, en todos los idiomas, y más que en todos en el inglés, la idea de dirigir según leyes, fórmulas, ceremonias, estatutos, costumbres—la idea de mandar, no absoluta, despótica, sino temperada, constitucionalmente; no la idea de un imperio minucioso sobre los detalles, de una reglamentación con trabas, sino la de una alta superintendencia en pro del orden, de la moral y del progreso; la idea del respeto de la individualidad, de la abs-

tención del cacicazgo, del culto á todas las libertades humanas: todos esos principios encierra, en efecto, la educación del hogar en Inglaterra.

En inverso sentido, la palabra *tutor*, de origen romano, sugiere una relación de padre á hijo artificialmente creada por las leyes y las costumbres, para que una persona extraña guíe al segundo en reemplazo del primero. La naturaleza que alarga y debilita la infancia humana, y que alimenta en los corazones de los padres ternura inmensa para con la prole, ha sugerido un concepto singular del tutelaje de los padres, como el más íntimo y previsor; esas relaciones se sustituyen, en caso de orfandad, por la tutoría; luego la tutoría es una vinculación artificial de padre á hijo: tal es el concepto inglés del *tutor* (maestro principal, director técnico *personal* de la instrucción de un educando).

He ahí, pues, en esas dos sencillas expresiones—*my tutor, my governor*—la síntesis más completa de esta doctrina que desarrollo, creo que por primera vez, en la ciencia educadora, sobre los dos antagónicos modos de que deben proceder la educación doméstica y la instrucción pública, no sólo en Inglaterra, sino en el orbe todo, pues en punto á educar el carácter, ya que no en otras fases de la educación, bien se puede tomar de modelo racional aquel sistema: que al fin todo el poder de la nación británica se explica, más que por las riquezas de su tierra, por la energía de su pueblo.

§ 68. *Relatividad de la doctrina expuesta.*—Aunque sea de estricta verdad la doctrina expuesta sobre los dos opuestos *modus operandi* de la educación doméstica y la pública, esa doctrina fallaría si se exageraran sus conclusiones. Del párrafo precedente he ex-

cluido exprofeso toda observación que pudiera atemperarlas, no porque no crea imprescindibles tales observaciones, sino en el deseo de desplegar la teoría con la mayor claridad que me fuere posible. Ha llegado el momento de paliar las exageraciones de la exposición, con ejemplos de la práctica. Si se creyera que la educación pública procede en Inglaterra, donde tomo mi modelo, por el método de absoluta *actividad* de la educación doméstica francesa; es decir, si se supone que los *tutors* de las escuelas y colegios británicos proceden de la manera metódica, imperativa, detallada, de los padres franceses, manera que coarta la libertad y debilita la iniciativa, la hipótesis sería falsa. Demasiado amantes son los ingleses de la libertad y demasiado respetuosos del individualismo para que ello fuera posible jamás, en el hogar ó en el liceo. Sería error suponer también que la educación de los maestros ingleses sea el método sentimental que Fenelón describe en su *Telemaco* y Rousseau en el *Emilio*; nada más contrario al verdadero espíritu de la enseñanza inglesa y de las razas germanas.

§ 69. *Paralelo entre el espíritu de la educación doméstica y pública en Inglaterra y Francia.*—El solo alcance de la doctrina desenvuelta es, por tanto, el siguiente: el método de la educación pública, ó sea el modo de educar de los maestros, debe ser más activo, más categórico, más autoritario, más detallista y metódico que la manera de la *home education*, ó sea el modo de educar de los padres. A la inversa de lo que ocurre en Francia, donde el ideal de educación parece ser el restringimiento de la libertad en el hogar, bajo la dirección de un padre que, conceptuando al hijo como cosa suya ó prolongación de su personali-

dad, le guía tan minuciosamente que llega hasta elegirle carrera y esposa; y donde, por otra parte, en instrucción pública, los maestros toleran y hasta colaboran á producir esos matamoros de veinte años: poetas, librepensadores, filósofos religiosos, intelectuales, demócratas, socialistas—que se revelan contra todo consejo, contra todo maestro, contra toda escuela cuando no contra toda conveniencia social y toda política y toda moralidad. Esos ridículos estudiantes de tipo clásico, ya que peroran, gesticulan y se enronquecen en los círculos, en las calles, en las tabernas, atacando con anárquicos denuestos y denuedo, unas veces los jesuitas, otras los socialistas, otras la república, otras la monarquía—pero siempre el orden, la autoridad y las leyes—cuanto más libres son en su fisonomía intelectual que el estudiante inglés que oye misa diaria, que consulta con sus *tutors* todas sus dudas, políticas y morales, que detesta todo desmán disonante contra el orden establecido, que los domingos por la noche (muchos lo hacen en Oxford y Cambridge) se reúne en grupos en las calles para predicar una religión sana y liberal, que en el fondo es más luterana que inglesa, escocesa ó católica, y para cantar salmos en coro. No es libertad política, no es libertad de acción, de disciplina, de pensamiento lo que falta, sino lo que sobra en la instrucción pública que recibe el estudiante francés: lo que mengua es aquello que defino y conceptúo libertad de estudios, es decir, ese método según el cual se da á cada uno la educación que conviene á su idiosincrasia, según *dic-tamen de sus maestros*. Esos maestros (*tutors*) son quienes componen en Inglaterra á cada uno su plan de estudios; quienes, según la capacidad del pupilo, le indican si debe seguir la escuela fácil ó la difícil, si

será *passman* ó *classman*; quienes lo examinan casi semanalmente, le indican libros para que se instruya, le dan consejos morales y políticos... Nada de esto admite el estudiante francés, el primero en reclamar contra lo absoluto de los planes y programas de su liceo ó universidad (cuyo absolutismo es sin duda una traba contra el principio de libertad de estudio que debe animar toda educación lógica), citando la «libertad de los estudiantes ingleses...» Otra sería su declaración si no ignorase que el sistema británico importa un régimen de tutela, y que sólo como un régimen de tutela relativo se puede practicar ordenadamente en la instrucción pública eso que se llama libertad de estudios.

En efecto; si no son convenientes los planes-programas enciclopédicos obligatorios, que fuerzan á todos los estudiantes en rumbos varios y determinados, cualesquiera que sean sus indoles intelectuales, debilitando así su iniciativa y personalidad, ¿cuál puede ser el guía de estudios sino el consejo autoritario del maestro ó los maestros á quienes se encomiende el educando? El educando es incapaz de forjarse á sí mismo ese plan, por su mal entendido interés de terminar cuanto antes, por su ignorancia é inexperiencia; en caso análogo se hallan los padres: luego quedan los maestros. Pero no todos los maestros de cada instituto pueden ocupar su tiempo en formar á cada estudiante su plan y en discutirlo; luego basta la autoridad de uno solo, el *tutor* que se llama en las escuelas y universidades inglesas. Cada discípulo tiene allí su tutor. Suponiendo que haya, como creo que hay, en los grandes institutos de Francia maestros aptísimos para desempeñar esa delicada tutela, ¿es de suponerse que se sometiera á él con la *bon homie* inglesa, ese estudiante francés

cuya característica es la vehemencia, la innovación, la guerra á la rutina...

No se arguya, pues, que la libertad es poca para el régimen educatorio de Francia, sin especificar de *cudl* libertad se trata: si de aquello que comúnmente se entiende por tal, ella sobra; si de libertad de estudios, falta, y es precisamente por la sobra de aquélla (y en virtud del *carácter nacional*) que no podría fácilmente instituirse. El mal es grave allí; pero el remedio que tantos proponen de «aumentar las libertades en instrucción pública», citando erróneamente el ejemplo de Inglaterra, será acaso un mal mayor. Esas deficiencias están: unas, en lo absoluto de esas trabas de hierro que se llaman planes y programas y no dejan desarrollarse libremente á los educandos; otras, en la intemperancia é indisciplina de éstos. Ambos males son congruentes. Por ello el viajero inglés en París, cuando abrumado por la belleza del aticismo de Francia, y llevando en la retina la impresión deslumbrante de los Rubens del Louvre, y en la garganta un ligero sabor amargo de la emulación provocada á golpes rudos contra la vanidad nacional, pasa el Sena, baja por el barrio latino, y contempla en vivientes cuadros populares, el tipo de los estudiantes pálidos, delgados, raquíuticos casi, de ojos centelleantes, ademanes vivaces, largas melenas rizadas y enacitadas con esmero, chaquet ó levita apretados á la cintura, paso desalineado, los cuellos y las corbatas enormes prendidos y atados como con descuido; desdeñosos del ejercicio físico, de la fuerza bruta, de la moderación... de todo lo que hace útiles á los hombres y grandes á los pueblos; el conjunto todo impregnado de no sé qué anti-pático tinte de bohemia y fanatismo, de arte é ignorancia, de rebeldía é impotencia... Cuando el viajero

inglés, digo, observa tipo tan característico, que infatuado en la pasión de un exclusivismo cualquiera, se cree redentor de la patria y es más bien elemento de decadencia: que se presume el último destello de la verdad y es antes un anacronismo risible del mal poeta romántico ó del filosofastro del siglo XVIII, por imitar las debilidades de los Rousseau, Voltaire y D'Alembert, ó bien de Bossuet y Massillon, pero careciendo de su genio, y compara tan pobre estampa de retroceso y de vulgaridad y de petulancia y de anemia moral, torpes caricaturas de hermosos tipos de otros tiempos, con la sana silueta de los estudiantes ingleses, todo músculos, todo fuerza, todo actividad y disciplina y respeto y energía, ya en el campo del football, el cricket ó en las regatas, ya en el consultorio del tutor universitario, ó ya anotando cuidadosamente cada palabra que dice el profesor en la clase, ó ya en el coro del templo cantando con voz varonil los himnos del *Common prayer*; cuando tal comparación hace, el viajero no podrá menos de dejar asomar á sus labios una sonrisa de satisfacción del amor patrio, la más justificada en esta ocasión, pues en pocas ó ninguna otra hallará mejor sintetizada la grandeza del futuro de propios, por contraposición al remedo del pasado de extraños.

§ 70. *El «fagging» como anomalía tolerada por el espíritu individualista de instrucción pública anglosajona.*—Ya he dado más arriba la sencillísima razón que existe para que no peligre el desarrollo de la individualidad del maestro, por aplicación del método que he llamado de *actividad* de la instrucción pública inglesa; puesto que si tal sistema resulta aniquilador cuando está ejercido con el influjo, eficacia, prestigio



y frecuencia de los padres, resulta otro en manos de los maestros. Pero, además, los maestros ingleses mismos no exageran su poder de tutores, y tratan de ejercerlo, aunque con mayor determinación que en la *home education* inglesa, también con mayores abstenciones de proceder que la educación privada francesa. Hay que formar en el carácter de cada uno la angular condición de la *self help* (ayuda propia). Enseñar á que se defienda de las asechanzas del prójimo con sus propios brazos, sin invocar jamás la ayuda ajena. Desde niño, el ciudadano debe saber que para la filosofía británica, el estado natural del hombre es, como lo ha enseñado Hobbes, un estado de guerra...

Si se quiere una comprobación gráfica de este rasgo del espíritu de la instrucción pública del imperio británico, basta citar la ruda y tradicional costumbre que en sus escuelas se llama *fagging*. Consiste esencialmente en una cierta jurisdicción y un cierto derecho de mando que se adjudican los estudiantes mayores sobre los menores, y una cierta obligación correlativa de obedecer á aquéllos que á éstos se impone. Es una especie de derecho consuetudinario de los fuertes y experimentados de abusar sobre los débiles y sin experiencia al punto de obligarles á servirles, aun varias veces al día y á altas horas de la noche; á hacerles el lecho, lustrarles las botas, cepillarles la ropa y demás faenas domésticas. Practican tal costumbre desde las más bajas y pobres hasta las más aristocráticas escuelas; aun en Eton, Harrow y Rugby, aunque algo se haya modificado allí, se ve que, á pesar del alto respeto y diferencia de clases de Inglaterra, simples niños plebeyos imponen tales servicios á hijos de pares y de duques. En las universidades mismas, donde tales prácticas no existen, porque la edad de los

*freshmen* (estudiantes nuevos) no toleraría esas imposiciones, se marca en cambio una gran diferencia gerárquica entre esos *freshmen* y los estudiantes *seniors* (antiguos), al punto de que uno de aquéllos no puede ser presentado á uno de éstos sin su benévolo permiso, ni dirigirle la palabra si no se le conceden una sonrisa ó un gesto protectores. En el clásico libro de las aventuras de Mr. Verdant Green (1), se describen con vivo colorido el ingenuo respeto de los *freshmen* para con los *seniors*, y la burlesca tiranía del experimentado sobre el novicio, á quien someten á una serie de pruebas, que son, si no tan brutales como la del *fagging* de las escuelas, otras horcas caudinas del ridículo...

«Aquí hay que hablar de una institución chocante, el *fagging*, ó la obligación impuesta á los pequeños de ser los criados de los mayores. En Harrow, en Rugby y en algunos otros establecimientos se ha modificado, se ha atenuado, pero en sí nunca deja de ser mala, porque es una escuela de brutalidad, é impulsa al niño hacia donde ya se inclina, hacia todas las demasías á que propende el temperamento enérgico, violento, tiránico y duro. Una señora que conocemos nosotros, aunque á la verdad, de origen extranjero, no ha podido resignarse á que su hijo pase por el *fagging* y le ha puesto en un liceo de París...

«Según informes oficiales, los niños menores son criados y esclavos. Cada uno de los mayores obliga á varios de ellos á hacer sus mandatos, á limpiarle las palmatorias, á cortarle el pan y el queso, á despertarle á la hora señalada, á ayudarle en sus juegos, frecuentemente durante dos ó tres horas al día, á correr

(1) Cuthbert Bebe, B. A.:—*The adventures of Mr. Verdant Green*, an Oxford Freshman.—137º millar; London, 1899.